

thomas
ensa
j
merton
s



1

CUADERNOS DE LA NUEVA SOLIDARIDAD

THOMAS MERTON

**CARTA A
PABLO ANTONIO CUADRA
SOBRE LOS GIGANTES
1962**

- 1 -

En un momento en que todas las discordantes voces de la sociedad moderna tratan de exorcizar el vértigo del hombre con lugares comunes científicos o maldiciones proféticas, deseo compartir contigo algunas reflexiones que espero no serán ni trágicas, ni presuntuosas. Sencillamente, son los pensamientos de un hombre civilizado para otro, dictados por un espíritu de sobriedad y preocupación, y sin pretensiones de exorcizar nada. El vértigo del siglo XX no necesita permiso nuestro, tuyo o mío, para seguir su curso. El huracán no ha consultado con nosotros y no lo hará. Lo que no significa que estemos perdidos. Únicamente quiere decir que nuestra salvación consiste en entender nuestra exacta posición, no en lisonjearnos con la idea de que el torbellino es obra nuestra o que podemos aplacarlo con sólo un movimiento de la mano.

Cierto que la tormenta de la historia se ha levantado de nuestros propios corazones. Ha surgido espontáneamente de la vacuidad del hombre tecnológico. Es el genio evocado desde las profundidades de su propia confusión por este complacido aprendiz de hechicero que gasta billones en instrumentos de destrucción y cohetes espaciales, pero no puede proporcionar lo necesario para comer, albergarse y vestirse decentemente a los dos tercios de la humanidad. ¿Se me dirá que no está bien poner en duda la inteligencia y la sinceridad del hombre moderno? Ya sé que no se tiene como signo de pensamiento progresista discutir la "ilustración" de nuestros bárbaros del

CeDInCI

siglo XX. Pero no tengo ya ningún deseo de ser tenido por "ilustrado", según las normas de esos espías y torturadores, cuyo mayor título al éxito son los diversos campos de exterminio establecidos y operados por ellos hasta el extremo límite de su capacidad.

Esos gloriosos personajes, entregados a paroxismos de paranoia colectiva, se han alineado en enormes bloques de poder, cuya característica más notoria es la de parecerse el uno al otro como un par de mellizos. No había yo sacado en claro de la lectura de Ezequiel que Gog y Magog lucharían entre ellos, aunque sí que los dos serían dominados. Sabía que su voluminosa brutalidad se agotaría sobre los montes de Israel y serviría de festín a las aves del aire. Pero no me esperaba que todos nos veríamos envueltos en su caída. La verdad es que hay algo de Gog y Magog, hasta en los mejores de nosotros.

Debemos desconfiar de nosotros mismos cuando lo peor del hombre se encuentra objetivado en la sociedad, aprobado, aclamado y deificado. Cuando el odio se vuelve patriotismo y el asesinato un deber sagrado, cuando el espionaje y la delación son llamados amor a la verdad y el soplón es tenido como benefactor público, cuando la comezón de los resentimientos que roen a los burócratas frustrados llega a ser la conciencia del pueblo y el *gangster* se entroniza en el poder, quiere decir que debemos temer la voz de nuestro propio corazón, aun cuando se alce para denunciar esas mismas atrocidades. ¿Es que no estamos todos infectados del mismo veneno?

Por eso es que no debemos dejarnos engañar de los gigantes, ni de sus tonantes denuncias del uno por el otro y sus preparativos para la mutua destrucción. El hecho de que sean poderosos no significa que estén cuerdos, ni el que hablen con intensa convicción quiere decir que hablen verdad. Su magnitud no es puer-

ba de que posean solidez metafísica. ¿No serán acaso espectros sin esencia, emanaciones de los pequeños corazones amedrentados de los políticos, policías y milonarios?

Vivimos en un tiempo de malos sueños, en que el científico y el ingeniero tienen el poder de darle forma externa a los fantasmas del inconsciente del hombre. Los relumbrantes proyectiles que cantan en la atmósfera, listos para pulverizar las ciudades del mundo, son sueños de gigantes sin centro. Sus circunvoluciones matemáticas son hieráticos ritos de chamanes sin credo. No es prohibido desear que sus sueños hubieran sido menos sórdidos.

¡Pero también puede que sean emanaciones de nuestro propio yo subliminal!

CeDinCl -2- CeDinCl

Nos ha enseñado la experiencia que una época en que los políticos hablan de paz es una época en que toda la gente espera la guerra: los grandes personajes del mundo no hablarían tanto de paz si no creyeran secretamente que es posible, con una guerra más, aniquilar a sus enemigos para siempre. Siempre, "después de una guerra más", vendrá el amanecer, la nueva era del amor: pero antes, todo el que odiamos debe ser eliminado. Porque el odio, como tú sabes, es el que engendra lo que ellos tienen por amor.

Desgraciadamente el amor que ha de nacer del odio no nace nunca. El odio es la esterilidad; nada procrea sino la imagen de su furor vacío, su propia nada. Es imposible que del vacío nazca el amor. Este está lleno de realidad. El odio destruye el verdadero ser del hombre, puesto que hace la guerra a una ficción llamada "el enemigo". El hombre es concreto y

viviente, pero "el enemigo" no es sino una abstracción subjetiva. La sociedad que mata hombres reales para librarse del fantasma de una ilusión paranoica, es porque está posea del demonio de la destrucción desde el momento en que se ha hecho incapaz de amor. Rehusa, *a priori*, amar. No tiene por objeto las relaciones concretas del hombre con el hombre, sino sólo abstracciones concernientes a la política, la economía, la psicología, y aún, a veces, la religión. Las palabras y los símbolos constituyen la única realidad que nuestra época respeta, aunque se ufane de estar absorbida en la técnica y el progreso. En realidad a nadie le importa el progreso, sino solamente lo que de éste se dice, qué precio puede dársele, qué ventaja política se le puede sacar. Gog representa el amor al poder, Magog está absorbido por el culto al dinero: sus ídolos difieren, y aunque se ven las caras con gestos agresivos, su locura es la misma: son en verdad las dos caras de Jano mirando hacia el interior y dividiéndose con furor crítico el envilecido santuario del hombre deshumanizado.

Sólo los nombres cuentan para Gog y Magog, sólo las etiquetas, números, símbolos y lemas. Por sólo un nombre, una clasificación, pueden quitarte los pantalones y llevarte medio desnudo al paredón. Por sólo un nombre, una palabra, se te puede encerrar en una cámara de gas o meter en un horno para convertirte en fertilizante. Por sólo una palabra, y aun por un número, curten tu piel y hacen con ella una sombra de lámpara. Si se desea obtener un empleo, ganarse la vida, vivir en una casa, comer en determinados restaurantes y viajar en ciertos vehículos en compañía de otros seres humanos, hay que tener la debida clasificación, la cual tal vez dependa de la forma de la nariz, el color de los ojos, el enrosque del pelo, el matiz de la piel o la posición social del abuelo. Vida o muerte dependen hoy de todo, menos de lo que eres. Es esto lo que llaman humanismo.

Ni la condenación, ni la rehabilitación tienen que ver con lo que se haya hecho. Ya no se trata de una cuestión de normas éticas. Nos hemos liberado de la objetividad idealista acerca de "el bien y el mal" en la conducta. Tan oportunamente libertados de las normas y leyes morales, nos encontramos en capacidad de enfrentarnos a una creciente población de indeseables en una forma más eficiente. Basta fijarle a cada cual una etiqueta que no requiera de su parte ninguna acción, ni esfuerzo alguno de pensamiento por parte del acusador. Esto permite a la sociedad librarse de toda suerte de "criminales", sin que éstos molesten a nadie cometiendo crímenes. ¡Qué medio más eficiente y humanitario de combatir la criminalidad! Con la mayor benevolencia se fusila a un hombre por todos los crímenes que *sería capaz* de cometer, antes de que se le presente la oportunidad de cometerlos.

CeDInCI
- 3 -

Te escribo desde el país de Magog. El que yo tenga más simpatía por Magog que por Gog, no afecta, creo, mi objetividad. Ni implica una elección de categoría, una autoclasificación. Rara vez ando de acuerdo con Magog, lo cual es una de las razones porque escribo esta carta. Confieso, sin embargo, estar en deuda con Magog por dejarme existir, cosa que Gog tal vez no haría. Puede que nada diga a mi favor el que confíe a medias en la vena de idealismo que hay en Magog, aceptándolo sin crítica como una prueba de que, a pesar de su estruendoso gigantismo materialista, es todavía humano. Ciertamente tolera la emotividad de sus clientes, igual que cierta desatinada frivolidad que Gog nunca podría comprender. (Y sin embargo, Gog, cuando se entona vierte abundantes lágrimas en su vaso de vodka). Magog, en definitiva, no es exigente. Una pequeña dosis de adulación le ha bastado hasta ahora. Está lejos de re-

querir las exorbitantes confesiones públicas que sirven de preludeo a la desaparición en el reino de Gog. La presión de Magog suele ser más sutil, más suavemente persuasiva, pero no menos universal. El desacuerdo, sin embargo es todavía tolerado.

Magog está sumido en la confusión, y más que Gog sería una fácil presa del pánico y el desaliento. Como político es menos zorro, y con la desventaja de un sistema de creencias tan impreciso y sin complicaciones que todo mundo puede entenderlo. Por eso el mundo entero puede apreciar las discrepancias entre sus ideales y sus realidades. Así le vemos en situaciones embarazosas con más frecuencia que a Gog, el cual no tiene ideales objetivos sino sólo un proceso dialéctico por el que todo, hasta lo más desconcertante, puede en cualquier momento justificarse.

Magog se pone en grandes aprietos porque tiene que creer en sus mitos y dar de ellos razón como realidades objetivas. Esto le significa una desventaja, porque no pocos de sus miembros aún se ven afligidos por los espasmos de un órgano atrofiado que se llama conciencia. Esto los pone a ellos en desacuerdo con el propio Magog, mientras despierta en él una impaciencia rayana en el cinismo, ya que su misma posición le obliga a sostener que todavía existe la conciencia. Mucho me temo que se las vea negras con Gog, quien no sólo mete más ruido sobre el bien y el mal, sino que al mismo tiempo se ha desembarazado de impedimentos tan bochornosos como los juicios morales. Puesto que no padece escrúpulos, sus movimientos pueden ser más ágiles y más eficaces, y en realidad explota de lo más habilmente las emociones de Magog, a fin de hacerlo atormentarse con sus accesos de incertidumbre y desgarrarse con sus propias interrogaciones.

Gog, me parece, acaricia la esperanza de que Magog será llevado a la desesperación y, de algún

modo, hasta la propia ruina, antes de que se vuelva necesario destruirlo. En todo caso le está dando a Magog las oportunidades suficientes para desacreditarse a los ojos del mundo, de tal manera que si no se le puede inducir a meter la cabeza en un horno de gas, puede en cambio lograrse que su destrucción no parezca un crimen, sino un gran beneficio para la humanidad.

Pero permíteme pasar de Gog y Magog al resto de los hombres. Y por "el resto de los hombres" quiero decir los que aún no están con el uno ni el otro de los campeones. Hay ciertamente muchos, aun entre los que forman los *grupos de poder*, que odian la guerra y odian los motes, los sistemas y las declaraciones oficiales de los mismos grupos bajo cuya dominación se encuentran. Pero no parece que puedan hacer nada por remediarlo. Su instinto de protesta se ve reprimido por el sólo hecho de saber que lo que digan, aunque no sea más que la verdad, contra cualquiera de los poderes implacables podrá ser aprovechado por otro más inhumano todavía. Aun para protestar se debe ser discreto, no solamente por defender la piel, sino ante todo por mantener la pureza de la propia protesta frente a las obscenas propuestas del publicista, el agitador o la policía política.

Dejando lo que pudiera parecer ligereza, consideremos la cuestión del futuro del mundo, si acaso tiene alguno. Gog y Magog creen que lo tiene: Gog está persuadido de que la autodestrucción de Magog acarreará la edad de oro de la paz y el amor. Magog tiene el convencimiento de que si tanto él como Gog logran pasar el raudal de una guerra que sólo se mantiene con la amenaza químicamente pura de las armas nucleares, a los dos les espera un porve-

nir de felicidad, cuya naturaleza y posibilidad están aún por explicarse.

Yo por mi parte creo en la muy seria posibilidad de que cualquier mañana Gog y Magog se encuentren al despertar con que se han mutuamente reducido a cenizas y volado por los aires y barrido del mapa durante la noche, y que ya nada queda sino tan sólo el espasmódico funcionamiento de los dispositivos automáticos, aún en los estertores de lo que se ha llamado "la revancha post-mortum". Es muy probable que tal acción superrogatoria afecte a los neutrales que se las hayan arreglado para eludir el evento principal, pero, con todo, parece posible que el hemisferio austral logre, penosamente, volver en sí, para encontrarse solo, en un mundo más reducido, casi vacío, mucho más radiactivo, pero todavía habitable.

En esta nueva situación es concebible que Indonesia, América Latina, África del Sur y Australia queden como herederas de las oportunidades y objetivos que Gog y Magog dejaron pasar con tan negligente abandono.

Al sur de la línea ecuatorial no hay otro territorio de mayor extensión, riqueza y desarrollo que Sur América. La inmensa mayoría de sus habitantes son indios o mestizos. La minoría blanca del África del Sur probablemente desaparecería. Pero tal vez un residuo europeo podría sobrevivir en Australia y Nueva Zelanda. Con algo de optimismo se podría esperar la supervivencia parcial de la India y de una parte al menos de la población musulmana del norte y centro de África.

Si esto ocurriera, sería un acontecimiento de extraordinaria significación espiritual. Significaría que las culturas más cerebrales y mecanicistas, las cada vez más entregadas a vivir de abstracciones y más y más

aisladas del mundo natural por la racionalización, serían sustituidas precisamente por aquellas porciones de la raza humana a las que oprimían y explotaban sin el menor aprecio o comprensión de lo que en ellas hay de humano.

Lo distintivo de esas razas es un sentido de la vida completamente diferente, una perspectiva espiritual no abstracta sino concreta, hierática y no pragmática, más intuitiva y afectiva que racionalista y agresiva. Las vertientes más hondas de la vitalidad en esas razas han sido selladas por el Conquistador y el Colonizador, cuando no envenenadas por él. Levantando la piedra de la fuente, tal vez las aguas se purifiquen con nueva vida y recuperen su virtud creadora y fructificadora. Ni Gog ni Magog pueden hacerlo por ellas.

Permíteme decirlo sin rodeos: el gran pecado del complejo europeo-ruso-americano que llamamos "Occidente" (pecado que se ha extendido a China) no es solamente la codicia y la crueldad, no es solamente la deshonestidad moral y la infidelidad a la verdad, es sobre todo *su desmedida arrogancia para con el resto del género humano*. La civilización occidental se encuentra ahora en plena declinación hacia la barbarie (una barbarie surgida de su propia entraña) porque ha sido doblemente culpable de deslealtad: para con Dios y para con el Hombre. Para el cristiano que cree en la Encarnación, y que ve en ella algo más que una devota creencia sin positivas implicaciones humanísticas, no se trata de dos deslealtades, sino sencillamente de una sola. Puesto que el Verbo se hizo carne, Dios está en el hombre. Dios está en *todos los hombres*. En todos los hombres hemos de ver y tratar a Cristo. Dejar de hacerlo, nos lo dice el Señor, significa nuestra condenación por deslealtad a la más fundamental de las verdades reveladas. "Tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de

beber"... (Mateo 25,42). Esto puede extenderse a todos los posibles significados; y la intención es que se extienda a todo el ámbito de las necesidades humanas, no sólo a la de pan, trabajo, libertad, sino también a la de verdad, creencia, amor, aceptación, compañerismo y comprensión.

Una de las mayores tragedias del Occidente cristiano es que sus misioneros y colonizadores, pese a su buena voluntad (porque tenían buenas intenciones, no cabe duda, y actuaban humanamente, según sus luces, bastante más brillantes que las nuestras), no hayan sabido reconocer que *las razas conquistadas por ellos eran esencialmente iguales y en algunos aspectos superiores a ellos.*

Fue ciertamente un bien que la Europa cristiana haya llevado a Cristo a los indios de México y de los Andes, como también a los habitantes de la India y de China; pero en lo que esos europeos fracasaron fue en no poder encontrar a Cristo, ya en potencia presente en los indios, en los hindúes y en los chinos.

Con demasiada frecuencia han olvidado los cristianos que el cristianismo penetró en la civilización griega y romana gracias en parte a su espontánea y creativa adaptación de los valores naturales precristianos encontrados por él en dicha civilización. Los mártires rechazaron toda la grosería, el cinismo y la falsedad del culto a las divinidades estatales que no eran más que un culto al poder secular, pero Clemente de Alejandría, Justino y Orígenes pensaban que Heráclito y Sócrates habían sido precursores de Cristo. Creían que si Dios se había manifestado a los judíos a través de la Ley y los Profetas, también había hablado a los gentiles por medio de sus filósofos. El cristianismo se abrió camino en el mundo del siglo primero no por haber impuesto normas sociales y culturales judías, sino al contrario por haberlas abandonado, quedando

libre de ellas para poder hacerse "todas las cosas para todos los hombres". Tal fue el gran drama y la lección suprema de la Edad Apostólica. Pero al final de la Edad Media esta lección se había olvidado. Los predicadores del Evangelio en los continentes recién descubiertos se convirtieron en predicadores y diseminadores de la cultura y del poderío de Europa. No dialogaban con las antiguas civilizaciones: les imponían su propio monólogo y, predicando a Cristo, se predicaban a sí mismos. Su ardiente espíritu de sacrificio y su humildad les permitía hacerlo con la conciencia limpia. Mas no procuraban oír la voz de Cristo en el extraño acento del indígena, como Clemente trataba de oírlo en los presocráticos. Y ahora, en nuestro tiempo, tenemos una Cristiandad de Magog, que no protesta contra la guerra, contra el crimen, contra la avaricia, sino sólo contra Gog.

Creo que no debemos sentirnos muy seguros de haber hallado a Cristo en nosotros mismos hasta que no lo hallemos además en el sector de la humanidad más remoto del nuestro.

A Cristo no se le encuentra en altisonantes y pomposas declaraciones sino en el diálogo humilde y fraterno. Se encuentra menos en una verdad impuesta que en una verdad compartida.

- 5 -

Si insisto en darte mi verdad, y no me paro a recibir la tuya, no puede haber verdad entre nosotros. Cristo se halla presente "dondequiera que dos o tres se juntan en mi nombre". Pero juntarse en el nombre de Cristo es juntarse en el nombre del Verbo hecho carne, de Dios hecho hombre. Es por lo tanto congregar en la fe de que Dios se ha hecho hombre y

puede ser visto en el hombre, de que Dios puede hablar en el hombre y de que puede encender e inspirar el amor en y a través de cualquier hombre que conocamos. Es verdad que sólo la Iglesia visible tiene la misión oficial de santificar y enseñar a todas las naciones, pero nadie sabe si el desconocido a quien encontramos saliendo de la selva en un nuevo país no es ya un miembro invisible de Cristo y alguien que tal vez tenga un mensaje providencial o profético que transmitir.

Cualquier cosa que la India haya tenido que decir a Occidente, se vio forzada a permanecer en silencio. Cualquier cosa que China haya tenido que decir, aunque algunos de los primeros misioneros le prestaron oídos y lo entendieron, el mensaje fue en general ignorado como inconcerniente. ¿Es que hubo quien escuchara las voces de los Mayas y de los Incas, aunque tenían cosas profundas que decir? Viéndolo bien, su testimonio fue simple y llanamente suprimido. Nadie creyó que los Hijos del Sol pudieran esconder, después de todo, ningún secreto espiritual en sus corazones. Por el contrario se suscitaron discusiones abstractas para determinar, en términos de filosofía puramente académica, si era posible o no considerar al indio como animal racional. Uno se sobrecoge con sólo el eco de la voz del orgullo cerebral de Occidente, —ya desde entonces desencarnado por el racionalismo que hoy constituye nuestro patrimonio— alzándose para juzgar el viviente misterio espiritual del hombre primitivo y condenarlo a ser excluído de aquella categoría de que exclusivamente se hacía depender el amor, la amistad, el respeto y la comunión.

Dios habla y debe ser oído, no sólo en el Sinaí, no sólo en mi corazón, sino también en *la voz del extranjero*. Por eso es que los pueblos del Oriente, y en general los pueblos primitivos, sienten tanta veneración por el misterio de la hospitalidad.

Debe dársele a Dios el derecho de hablar imprevisiblemente. El Espíritu Santo, que es la voz misma de la divina libertad, debe ser siempre como el viento "que sopla donde quiere" (Juan 3-8). Ya en el misterio del Antiguo Testamento existía cierta tensión entre la Ley y los Profetas. En el Nuevo Testamento el Espíritu mismo es la Ley, y se halla donde quiera. El en verdad inspira y protege a la Iglesia visible, pero si no podemos verle inesperadamente en el desconocido y el extranjero, no sabremos tampoco entenderlo en la propia Iglesia. Tenemos que descubrirlo en el enemigo, si no queremos perderlo en el amigo. Si no lo hallamos en el pagano, lo perdemos en nosotros mismos, sustituyendo a su presencia viva una abstracción vacía. ¿Cómo vamos a revelársela cuando nosotros mismos no podemos descubrirla en sus personas? Tenemos, pues, que ver la verdad en el extranjero, y esta verdad tiene que ser una verdad de nuevo viva, no meramente la proyección de una idea nuestra, convencional y muerta —una proyección de nuestro propio yo sobre el extranjero.

La profanación, la desconsagración, la desacralización del mundo moderno se manifiesta sobre todo en el hecho de que el extranjero no cuenta para nada. Basta que sea "expatriado", "apátrida", para que se le considere del todo inaceptable. No encaja ya en ninguna categoría conocida, ni tiene ya ninguna explicación, por lo cual constituye una amenaza a la seguridad. Todo lo que no sea fácilmente explicable debe ser suprimido, y con ello también el misterio. Toda presencia extraña interfiere con la superficial y ficticia claridad de nuestras propias relaciones.

Hay más de un modo de liquidar moralmente al "extraño" y al "extranjero". Basta destruir, de algún modo, lo que hay en él de diferente y desconcertante.

Ya sea por persuasión, presión o fuerza, podemos imponerle nuestras propias ideas y actitudes ante la vida. Podemos inculcarle, lavarle el cerebro. Así deja de ser diferente. Así lo reducimos a la conformidad con nuestro propio modo de ver las cosas. Gog, que no hace nada si no es completamente, cree en la completa liquidación de todas las diferencias, y en convertir a los demás en fotocopias de sí mismo. Magog es algo más quijote: el extranjero se vuelve parte de sus fantasías de película cinematográfica, parte de la vida meramente soñada que le manufacturan en Madison Avenue y Hollywood. Para todo lo referente a las realidades prácticas, el extranjero no existe. Ni siquiera se le ve. Se le reemplaza por una imagen fantástica. Lo que se ve y se aprueba de una manera vaga, superficial, es el estereotipo que ha sido creado por la agencia de viajes.

Así se explica el falso cosmopolitismo del turista inocente y del agente viajero, que va por todas partes con su cámara fotográfica, su fotómetro, sus gruesas gafas, sus anteojos oscuros, sus binoculares, y que por más que mira en todas direcciones no logra jamás ver lo que hay allí. No es siquiera capaz de hacerlo. Es demasiado dócil a sus instructores, a los que ya se lo han dicho todo de antemano. Cree a pie juntillas en los anuncios del agente de viajes a cuya sugerión compró el boleto que le condujo hasta el lugar donde se encuentra. Se le anunció lo que iba a ver y cree, en efecto, estarlo viendo. Si no es así, lo más que llega es a preguntarse por qué no ve realmente lo que le habían inducido a esperar. Bajo ninguna circunstancia se le ocurre interesarse en lo que está efectivamente ante sus ojos. Mucho menos entrar en una efectiva relación humana con los seres humanos que tienen delante. No pone en duda, por supuesto, su condición de animales racionales, como pudieron haberlo hecho en otros tiempos los colonizadores acostumbrados a las dispu-

tas escolásticas. Es que sencillamente no se le pasa siquiera por la cabeza que aquellos seres puedan tener una vida, un espíritu, un pensamiento, una cultura de ellos, con su propio carácter individual y peculiar.

No sabe, en primer lugar, por qué razón anda viajando: la verdad es que viaja por sugerencia de otro. Aun en su propia casa es como un extranjero para sí mismo. De modo que viene a ser doblemente extranjero cuando se encuentra fuera de su propio ambiente. No le es posible comprender que el extranjero tiene algo muy valioso, algo realmente irremplazable que darle: algo que nunca puede comprarse con dinero, nunca ser valorado por los encargados de la publicidad, ni jamás explotado por los agitadores políticos: la comprensión espiritual de un amigo que pertenece a una cultura diferente. Todo tiene el turista, menos hermanos. Estos no existen para él.

El turista nunca conoce a nadie, nunca descubre a nadie, nunca encuentra a su hermano en el extranjero. Esta es precisamente su tragedia, y ha sido de igual manera la tragedia de Gog y Magog, especialmente la de Magog, en todas partes del mundo.

Si por lo menos los norteamericanos hubieran comprendido, después de siglo y medio, que los latinoamericanos realmente existen. Que son realmente hermanos. Que hablan distintas lenguas. Que tienen una cultura. Que tienen algo más que lo que tienen para vender. El dinero ha corrompido totalmente la hermandad que debía de unir a los pueblos de América. Ha destruido el sentido de parentela, la comunidad que ya había empezado a florecer en tiempos de Bolívar. Pero nada. La mayor parte de los norteamericanos todavía no saben, ni les importa no saberlo, que en el Brasil se habla una lengua que no es el español, que los latinos no viven todos para la siesta, ni todos ellos pasan los días y las noches tocando la gui-

tarra y haciendo el amor. Nunca han abierto los ojos al hecho de que la América latina es, con todo y todo, culturalmente superior a los Estados Unidos, no sólo en el nivel de la minoría adinerada que ha absorbido mejor el refinamiento europeo, sino también en el de las desesperadamente empobrecidas culturas indígenas, que a veces hunden sus raíces en un pasado no superado hasta ahora en este continente.

Así el turista bebe tequila, pensando que no le gusta y esperando la fiesta que le han dicho que espere. ¿Cómo podrá darse cuenta de que el indio que baja por la calle con la mitad de una casa cargada sobre la cabeza y una rotura en los pantalones, es Cristo? Todo lo más a que llega el turista es a pensar en lo raro que le parece que tantos indios lleven el nombre de Jesús.

- 7 -

Basta lo dicho sobre la actualidad. No soy profeta, ni nadie lo es, puesto que ya hemos aprendido a irla pasando sin profetas. Pero debo decir que si Gog y Magog se destruyen mutuamente, como parecen ansiosos de hacerlo, sería una lástima inmensa que los sobrevivientes del "Tercer Mundo" intentaran reproducir el horror y la insania y la enajenación colectiva del anterior, y así volvieran a edificar otro mundo corrompido para que sea destruido a su vez por otra guerra. Al tercer mundo yo le diría que hay ciertamente una lección que aprender de la actual situación, una lección de la mayor urgencia: sed muy distintos de los gigantes Gog y Magog. Mirad lo que ellos hacen, y actuad vosotros de otra manera. Examinad sus declaraciones oficiales, sus ideologías, y hallaréis que son huecas. Observad su conducta: su fanfarronería, su violencia, sus melosidades, su hipocrecía: por sus frutos los conoceréis. Con todo y sus jactancias se han convertido en víctimas de su propio terror, que no

es sino el vacío de sus corazones. Pretenden ser humanistas, presumen de conocer y amar al hombre. Existen precisamente para liberar al hombre, dicen ellos. Pero ni siquiera saben lo que es el hombre. Ellos mismos son ahora menos humanos que lo fueron sus padres, menos articulados, menos sensitivos, menos profundos, menos capaces de genuino interés en el hombre. Están en vías de convertirse en gigantes insectos. Sus sociedades van transformándose en hormigueros, sin propósito ni significado, sin alegría y sin espíritu.

¿Qué es lo malo del humanismo? No es más que un humanismo de comejenes, porque sin Dios el hombre se convierte en un insecto, un gusano de la madera, y aunque pueda volar ¿qué quiere decir eso? Hay hormigas que vuelan. Por más que el hombre vuele en toda la extensión del universo, sigue siendo no más que una hormiga voladora hasta que no recobra un centro humano y un espíritu humano en lo profundo de su ser.

¿Karl Marx? Sí, ciertamente, fue un humanista, con las preocupaciones de un humanista. Comprendió a fondo las raíces de la alienación, y aun esta misma comprensión suya algo tenía de espiritual. Marx inconscientemente construyó su sistema sobre un patrón básicamente religioso, sobre el mesianismo del Antiguo Testamento, y en la trama de su propio mito, el mismo Marx era Moisés. No dejó de entender en cierta medida, el significado de la liberación, porque tenía metida hasta los huesos la tipología del Exodo. Decir que estructuró un pensamiento "científico" sobre una base de simbolismo religioso no es declararlo erróneo, sino justificar lo fundamentalmente correcto de su análisis. Marx no pensaba únicamente con la parte exterior del cerebro, ni razonaba sólo con la superficie de la inteligencia. No le bastaba simplemente con verbalizar o dogmatizar como hacen sus se-

guidores. El era humano aún. ¿Es que se puede decir lo mismo de ellos?

En último término no hay humanismo sin Dios. Marx pensó que el humanismo tenía que ser ateo, y pensó de ese modo porque no entendió a Dios mejor que los formalistas bienpensantes a quienes criticaba. El pensaba, lo mismo que ellos, que Dios era una idea, una esencia abstracta, la cual formaba parte de una superestructura intelectual construida para justificar la alienación económica. Nada en Dios es abstracto. No es entidad estática, ni objeto de pensamiento, ni pura esencia. No tiene más esencia que su misma existencia. Dios no es objeto, sino acto. El dinamismo que Marx buscaba en la historia, era algo que en cierto modo la propia Biblia nos ayudaría a entender y esperar. Y la liberación religiosa es el tema central del Nuevo Testamento. Pero ese tema no ha sido entendido. Con demasiada frecuencia ha sido olvidado. Es, sin embargo, el propio corazón del misterio de la cruz.

- 8 -

Yo espero lo que venga, cualquier cosa que sea, no con resignación, sino con un espíritu de aceptación y comprensión que no se puede confinar dentro de los límites del realismo pragmático. Por faltos de sentido que sean en sí mismos Gog y Magog, el cataclismo que desencadenarán está preñado de significación, circundado de luz. De la negación y el terror de Gog y Magog se derivan la certeza y la paz para todo el que lucha con éxito por libertarse de la confusión en que ellos se debaten. Lo peor que pueden hacernos será acarrearlos la muerte, y la muerte es de poca importancia. La destrucción del cuerpo no alcanza al más profundo centro de la vida.

¿Cuándo caerán las bombas? ¿Alguien podrá decirlo? Tal vez Gog y Magog tengan aún que llevar a la perfección sus respectivas políticas y armamentos. Es posible que quieran hacer una operación nítida y magistral, lanzando bombas "limpias", sin lluvia atómica. La expresión es tan clínica, que casi suena a sentimiento humanitario. Como si se tratara de una delicada, casi exquisita obra de cirugía. Rápida, feliz, aséptica, pura. Tal era, desde luego, el ideal de los nazis que dirigían los campos de exterminio hace veinte años: pero ellos por supuesto, no estaban tan adelantados como nosotros. Por más que se entregaran con la dedicación debida a una tarea repulsiva, ésta no se podía llevar a cabo bajo perfectas condiciones clínicas. Lo hacían, sin embargo, lo mejor que podían. Gog y Magog llevarán el asunto al máximo refinamiento. Oigo decir que están ya trabajando en una bomba que no va a destruir nada más que la vida. Los hombres, los animales, las aves, tal vez también la vegetación. No dañará los edificios, las fábricas, los ferrocarriles, ni los recursos naturales. Un paso más y el arma habrá llegado a la perfección absoluta. Deberá destruir los libros y las obras de arte, los instrumentos musicales y los juguetes, las herramientas, los jardines, dejando intactas las banderas, los armamentos, las horcas, las sillas eléctricas, las cámaras de gas, todos los instrumentos de tortura y una gran cantidad de camisas de fuerza para los alienados. Entonces, puede, por fin, iniciarse la era del amor. El humanismo ateo puede ya establecer su dominio.

(traducción de JOSE CORONEL URTECHO)



Esta carta fue dirigida al poeta nicaragüense Pablo Antonio Cuadra y apareció por vez primera en su revista "El Pez y la Serpiente".

MENSAJE A LOS POETAS

THOMAS MERTON



Este mensaje se leyó en una reunión de "nuevos" poetas latinoamericanos, y unos pocos jóvenes estadounidenses, en México D.F. (febrero de 1964). El encuentro fue patrocinado por las revistas Eco Contemporáneo, El Corno Emplumado y Pájaro Cascabel. No fue un congreso internacional bien organizado ni financiado, sino una reunión espontánea e inspirada de jóvenes poetas de todo el hemisferio, la mayor parte de los cuales apenas se podían permitir el costo del pasaje para estar allí.



Los que somos poetas sabemos que el motivo de un poema no es descubierto hasta que ese poema existe. El motivo de un acto viviente sólo adquiere realidad en el acto mismo. Esta reunión es una explosión espontánea de esperanzas. Por ello es una osada empresa de humildad profética, no sustentada ni financiada por fundación alguna, ni organizada o difundida por algún grupo oficial. Es expresión viva de la creencia de que hay ahora en nuestro mundo gente nueva, nuevos poetas que no están bajo la tutela de sistemas políticos establecidos ni de estructuras culturales —sean comunistas o capitalistas— pero que se atreven a tener esperanza en su visión de la realidad y del futuro. Esta reunión se congrega en una llama de esperanza cuya temperatura no se ha tomado todavía y cuyos efectos aún no se han estimado, porque se trata de un fuego nuevo. El motivo del fuego no le puede resultar evidente a quien no esté calentado por él. La razón de estar aquí y de nuestra solidaridad aparecerá recién cuando nos hayamos metido todos juntos, sin reservas mentales, en contradicciones y posibilidades.

Creemos que nuestro futuro estará hecho por el amor y la esperanza, no por la violencia y el cálculo. El Espíritu de Vida que nos ha reunido, sea en el espacio o sólo por coincidencia, hará de nuestro encuentro una epifanía de certidumbres que no podríamos conocer en el aislamiento.

La solidaridad de los poetas no está planeada y ligada a las convicciones políticas, puesto que éstas son fuentes de prejuicio, ardores y maquinaciones. Cualesquiera sean sus fallas, los poetas no son intrínsecos. Su arte depende de una profunda inocencia, que se malogrará en los negocios, en la política o en cualquier otra forma organiza-

foto - Miguel Grinberg



da de vida académica. La esperanza que descansa en cálculos ha perdido su inocencia.

Nos estamos uniendo para defender nuestra inocencia.

Toda inocencia es una cuestión de fe. No hablo ahora de un acuerdo organizado, sino de convicciones personales internas, "en el espíritu". Estas convicciones son tan fuertes e innegables como la vi-

da misma. Están arraigadas más en la fidelidad a la vida que a sistemas artificiales. La solidaridad de los poetas es un hecho elemental como la luz solar, como las estaciones, como la lluvia. Es algo que no puede organizarse, sólo puede suceder. Sólo puede "recibirse".

Es un don al que hemos de permanecer abiertos. Nadie puede planear la salida del sol o la caída de la lluvia.

A pesar de todos los programas formales y abstractos, el mar continúa mojado. La solidaridad no es colectivismo. Los organizadores de la vida colectiva se burlarán de la seriedad o de la realidad de nuestra esperanza. Si nos infectan con su duda, perderemos nuestra inocencia y con ella nuestra solidaridad.

A menudo, la vida colectiva está organizada sobre bases de intriga, duda y culpa. El arte político que crea antagonismos entre los hombres y el arte comercial que los cotiza según un precio, destruyen la verdadera solidaridad. Sobre tales medidas ilusorias, construyen un mundo de valores arbitrarios sin vida ni significado, lleno de agitación estéril. Poner un hombre contra otro, una vida contra otra, una obra contra otra, y medirlo todo en términos de costo o de privilegio económico y valor moral, es contagiar a todo el mundo con una profunda duda metafísica. Divididos y enfrentados por propósitos de valoración, los hombres adquieren inmediatamente la mentalidad de objetos en venta en un mercado de esclavos. Desesperan de sí mismos porque saben que han sido infieles a la vida y al ser, y ya no encuentran a nadie que les perdone tal infidelidad.

Pero su desesperación les condena a mayor infidelidad: alienados de sus raíces espirituales, se las arreglan para quebrar, humillar y destruir el espíritu de los demás. En tal situación no hay alegría, sólo hay cólera. En la profundidad de su ser todo hombre se siente empujado por la sospecha, el descreimiento y el odio. Cada cual experimenta su propia existencia con sentimiento de culpa y de traición, y como una posibilidad de muerte: nada más.

Nos unimos para denunciar la vergüenza y la impostura de todas las mentiras colectivas.

Si vamos a permanecer unidos ante estas falsedades, ante todo poder que envenena al hombre y lo sujeta a las mistificaciones de la burocracia, del comercio y del estado policíaco; hemos de rechazar el ser cotizados. Hemos de rehusar la clasificación académica. Hemos de rechazar las seducciones de la publicidad. No hemos de permitir que se nos enfrente a unos contra otros en comparaciones místicas; en ortodoxias políticas, literarias o culturales. No tenemos que devorarnos, o desmembrarnos para el entretenimiento de su prensa. No tenemos que dejarnos devorar por ellos para que apaciguen su duda insaciable.

No hemos de estar meramente a favor de ésto y contra aquello, aunque nos hallemos a favor de "nosotros mismos" y contra "ellos". ¿Quiénes son ellos? No les demos apoyo convirtiéndonos en una "oposición" que suponga que son definitivamente reales.

Permanezcamos fuera de "sus" categorías. Es en este sentido que todos somos monjes: pues permaneceremos inocentes e invisibles frente a sus publicistas y burócratas. Ellos no pueden imaginar lo que hacemos. No podrán, a menos que nos traicionemos, y aunque esto ocurriera, tampoco podrían.

Nada entienden salvo lo que ellos mismos han decretado. Son taimados que tejen palabras en torno a la vida, y luego ajustan la vida a lo que ellos han declarado. ¿Cómo pueden fiarse de alguien, cuando hacen que la vida misma diga mentiras? Son los hombres de negocios, los propagandistas y los malos políticos quienes creen devotamente en "la magia de las palabras".

Para el poeta hay algo que no es precisamente mágico. Esta sólo la vida con toda su imprevisibilidad y toda su libertad. Toda magia es una cruel empresa de predicción y manipulación, un círculo vicioso, una profecía auto-consumada.

La magia de las palabras es una impureza de lenguaje y de espíritu donde las palabras, reducidas deliberadamente a la ininteligibilidad, apelan sin compasión a la voluntad vulnerable. Riámonos y parodiemos esa magia con otras variaciones de lo ininteligible, si queremos. Pero es mejor profetizar que ridiculizar. Profetizar no es predecir, sino captar la realidad en su momento de suprema expectación y tensión hacia lo nuevo. Esta tensión se descubre no en el entusiasmo hipnótico, sino a la luz de la existencia cotidiana. La poesía es inocente de predicción, porque ella misma es la consumación de todas las predicciones importantes ocultas en la vida diaria.

La poesía es el florecimiento de las posibilidades corrientes. Es el fruto de una elección común y natural. Tal su inocencia y su dignidad.

No seamos como los que desean que el árbol dé primero su fruto y luego la flor: un truco mágico y un anuncio. Estemos contentos si la flor aparece primero y la fruta después, en el momento debido. Tal es el espíritu poético.

Obedezcamos a la vida, y al Espíritu de Vida que nos llama a ser poetas, y cosecharemos muchos frutos nuevos de que el mundo tiene hambre: frutos de esperanza que nunca se habían visto. Con estos frutos apaciguaremos los resentimientos y la cólera de los hombres.

Estemos orgullosos de no ser brujos, sino hombres comunes.

Estemos orgullosos de no ser expertos en algo.

Estemos orgullosos de las palabras que se nos dan para nada; no para adoctrinar, no para refutar a nadie, no para demostrar que nadie sea absurdo, sino para señalar, más allá de todos los objetos, el silencio donde nada puede decirse.

No somos persuasores. Somos los hijos de lo Desconocido. Somos los ministros del silencio necesario para curar a todas las víctimas del absurdo que yacen agonizando de alegría artificial. Reconozcamos entonces quienes somos: derviches locos con secreto amor terapéutico, amor que no puede comprarse ni venderse, y que los políticos temen más que la revolución violenta, pues la violencia no cambia nada, y el amor lo cambia todo.

Somos más poderosos que la Bomba.

Digamos "sí" entonces a nuestra nobleza abrazando la inseguridad y el abatimiento que una existencia de derviches impone.

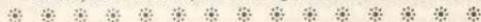
En la República de Platón no había sitio para los poetas y los músicos, menos para los derviches y los monjes. Los Platones tecnológicos que ahora creen regir el mundo en que vivimos, imaginan que pueden seducirnos con banalidades y abstracciones. Pero podemos eludirlos simplemente metiéndonos en el río heracliteano que nunca se cruza dos veces.

Cuando el poeta hunde sus pies en ese río siempre móvil, la poesía emerge de sus aguas relucientes. En ese instante único, la verdad se manifiesta a todos los que son capaces de recibirla.

Nadie puede llegar al río sobre otros pies que no sean los suyos. No puede llegar en vehículos.

Nadie puede sumergirse vistiendo la túnica de las ideas públicas y colectivas. Debe sentir el agua en su piel. Debe saber que el contacto es para las mentes abiertas solamente, y para los inocentes.

Vamos, derviches: aquí está el agua de vida. Dancemos en ella.



Traducción: Aldo Sorenson

THOMAS MERTON (1915-1968) fue un lúcido creador de nuestro tiempo. Poeta, ensayista y visionario, vivió una notable parte de sus años como monje trapense en Kentucky (EE.UU.). Este cuaderno inicia una serie de ediciones dedicadas a rescatar textos de relevancia en el campo de la Nueva Conciencia.

CeDInCI

"Desde hace siglo y medio está a punto de realizarse en nuestros espíritus el acontecimiento tal vez más prodigioso registrado por la Historia: el acceso definitivo de la Conciencia hacia un cuadro de dimensiones nuevas, y como consecuencia, el nacimiento de un Universo completamente renovado, sin un cambio de sus líneas ni de sus pliegues, por una simple transformación de su trama íntima."

PIERRE TEILHARD DE CHARDIN

CeDInCl

ECO CONTEMPORANEO es una expresión periódica sin fines de lucro. Sus ediciones se remiten gratuitamente a quien la solicite. Se distribuye únicamente por vía postal. No obstante, quienes puedan girar \$ 5.— por ejemplar, ayudarán al sustento de una empresa que si bien es espiritual depende de algunos recursos materiales. Correspondencia: Eco Contemporáneo, C. C. Central 1933, Buenos Aires, Argentina.